

XII

Pues se va el ruiseñor y el día parte,
 tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
 como dice la frase castellana,
marchemos con la música á otra parte,
 para seguir pensando hoy y mañana
 tu padre en los problemas de la historia,
 tu madre en vuestra suerte,
 tú en la fe y en la gloria,
 tu hermana en el amor, y yo en la muerte.
 Pero al decirte adiós, niña querida,
 déjame que primero
 te diga veinte veces que te quiero
 y te querré mientras que tenga vida,
 pues que serás, espero,
 además de alabada en mis cantares,
 adorada por bella y virtuosa,
 en el mundo primero como hermosa,
 y después como santa en los altares.

LA LIRA ROTA

POEMA EN UN CANTO

A mi buena amiga Anita Canalejas y Morayta.

Unas veces te dejará Dios, y otras
 te perseguirá el prójimo, y, lo que
 peor es, muchas veces te descontentarás
 de tí mismo, y no serás aliviado
 ni confortado con ningún remedio
 ni consuelo.

(KEMPIS, lib. II, cap. XII.)

I

Era Ginés Briones
 un amante de Euterpe y de Talía,
 que cantaba canciones
 de un subido color que él no entendía.
 Con la fe de un artista verdadero,
 entró á servir á un músico de orquesta,
 al cual, con todo esmero,
 en los días de fiesta
 le limpiaba el trombón con un plumero.
 Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;
 y llegando á ser luego
 lazarillo de ciego,
 le dió un duro una vez cierto inglés loco,
 y al fin de muchos tratos y contratos,
 compró el ex monaguillo
 á un quinto aragonés un guitarrillo
 por diez reales, un pan y unos zapatos.

II

Dueño ya del endeble guitarrillo,
 coleccionó las coplas que sabía,
 y, remedando al ciego, el lazarillo
 pudo ascender á ciego que veía.
 Y cierto el rapazuelo de que encanta
 con las coplas que inventa,
 aunque á las viejas pérdidas espanta
 por no saber á veces darse cuenta
 de la sal y pimienta
 que tienen las canciones que les canta,

punteando por las calles de la villa,
con aires de buen mozo provinciano,
era el niño Ginés, el sevillano,
un pequeño barbero de Sevilla.

III

Nació en la tierra del amor emporio,
patria del gran Tenorio,
de quien dicen que un día,
para aliviar sus penas,
mandó hacer de las rubias que quería
una manta de rizos, que tendía
sobre un colchón de bucles de morenas;
y alumno fiel de su inmortal paisano,
Ginés el sevillano,
siendo un tipo acabado de inocencia,
en los doce ó trece años que tenía
ya era un ser tan precoz, que parecía
que contaba catorce la experiencia;
pues haciéndose el loco,
y así como al descuido,
para hablar á las niñas al oído
se acercaba lo justo y otro poco.

IV

Y su genio era tal, que es muy posible
que fuese un día un músico perfecto,
á no tener ese vulgar defecto
de abusar del bordón en lo sensible;
pues, agudo y flexible,
en los muchos cantares
que solía inventar; ó que aprendía,
cantaba alegremente sus pesares;
y otras veces, uniendo con destreza
la pena y la alegría,
como buen andaluz, también sabía
cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
sabiendo ya que el suspirar consuela,
fiel de don Juan á la amorosa escuela,
tenía Ginesillo el bello antojo
de alabar en sus coplas inocentes
diez rubias, de diez rubios diferentes,
desde el rubio castaño al rubio rojo;
y como era tan pobre ó más que Homero,
de estas diez parroquianas que tenía

el músico y poeta callejero,
en premio de sus coplas, recibía
ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V

Cantaba el niño una canción un día
á la divina Clara,
una rubia preciosa que tenía
el corazón más bello que la cara;
y mientras él la copla repetía,
alegre como un loco,
la niña el canto oía
distráida, arrancando poco á poco
las hojas de una flor que se comía.
¡Distracción natural!, pues siempre encantan
esos tonos süaves,
tan llenos de ternura,
del género melódico en que cantan
los hombres sin ventura,
las mujeres, los niños y las aves.

VI

En tanto que él cantaba,
puesta al balcón la joven hechicera,
en un fondo de luz se destacaba,
y Ginés, que, cantando, suspiraba,
no sabía siquiera
la canción que entonaba,
admirado de ver que la niña era
lo más bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
mientras él, siempre vivo y siempre amando,
esta tierna canción sigue entonando,
ella, mucho más viva,
se parece á Rosina contemplando
á un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.»

VII

¡Oh extrañas peripecias de la vida!
Escuchando al cantor, agradecida

Clara un suspiro de placer exhala,
y, de gozo aturdida,
una gruesa moneda le regala,
que arroja del balcón, con tan mal arte,
que la moneda ¡chas!, como una bala
la guitarra pasó de parte á parte.
A este horror, el poeta callejero
creyó que en un abismo
sus pies se hundían, y que al tiempo mismo
caía roto el Universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
que no se hundió bajo sus pies el suelo,
y que, á pesar de su guitarra rota,
no se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII

Al rumor del fracaso, en un momento
se vió la calle de curiosos llena:
la moneda, al caer, la hurtó un hambriento,
y uniendo el buen humor al sentimiento,
en tanto que Ginés muere de pena,
el público le silba de contento.
¡Oh ruin placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oía,
y altivo, aunque un poquito cabizbajo,
las cejas con la gorra se cubría;
y echando calle abajo, calle abajo,
con ganas de llorar se sonreía,
mientras que tristemente,
aquella pobre Clara que, inocente,
por hacer un favor mató un destino,
con el mudo terror de un asesino
se espantó de manera
que, de haber sido buena arrepentida,
dejó el balcón, cerrando la vidriera,
más pálida que Bruto el parricida.

X

Así, con vario estruendo,
se fueron dispersando,



LA LIRA ROTA

Y salió de Madrid. Y con denuedo,
el roto guitarrillo lanzó al río
desde lo alto del puente de Toledo.

el público riendo,
el trovador gimiendo,
y la hermosura del balcón llorando.

XI

Aunque en su erguido talle
aun mostraba el orgullo de un Tenorio,
Ginés dobló la esquina de una calle
para huir de las burlas de las gentes;
pues en el gran Madrid, como es notorio,
una esquina es un cabo ó promontorio
que divide dos mares diferentes.
Detuvo allí sus vacilantes pasos,
y pensó en su destino venidero
dos minutos escasos,
dos minutos, esto es, un siglo entero;
y al verse sin industria y sin dinero,
lloró como lo que era, como un niño;
y volviendo hacia el cielo la mirada,
ya olvidando la silba y la moneda,
tan sólo recordó su alma angustiada
de su madre el cariño
y el amor de su patria abandonada.
¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

XII

Y salió de Madrid. Y con denuedo
el roto guitarrillo lanzó al río
desde lo alto del puente de Toledo;
y arrostrando con brío
la soledad y el miedo,
la sed y el hambre, y el calor y el frío,
se fué á Sevilla á pie, como un cualquiera,
pues, no teniendo un real su faltriquera,
claramente discurro
que no iría á su patria, aunque quisiera,
como el rey de Ivetot, montado en burro.
Y así marchando hacia el paterno suelo,
todos los males de la vida prueba,
sin que le guarde del rigor del hielo
la chaqueta prehistórica que lleva,
chaqueta que su madre le hizo nueva
de un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue, Ginés; camina resignado,

y rinde al peso del dolor tus bríos!
Para vencer todo el rigor del hado,
¿qué valen tus esfuerzos ni los míos,
cuando un grano de arena, atravesado,
puede torcer el curso de los ríos?

XIII

¡Con cuánto desaliento
á su patria volvía
el que en algún momento,
cuando el redoble del tambor oía,
soñaba, en su ilusión, que llegaría
á músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,
el que aspiró á ser dios de la armonía,
renuncia ya á la necia vanagloria
de pensar que algún día
le nombraran los fastos de la historia!
¡El pobre no sabía
que, al revés de ese sol de Mediodía,
el gran sol de la gloria
quema de lejos y de cerca enfría!

XIV

Como nadie le daba
los dulces y el dinero que ganaba
cuando echaba sus coplas á las niñas,
en Castilla y la Mancha merodeaba
comiéndose las uvas que pillaba
á espaldas de los guardas de las viñas.
¡Cuántos seres sentían ó pensaban,
y sus viles harapos contemplaban,
contra él inicuos su furor volvían;
los niños le silbaban,
los viejos se reían,
los perros, que antes sólo le ladraban,
ya, al pasar por las eras, le mordían!
¡Confiesa, Ana, que aterra
el ver á un niño en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?

XV

Y en el supremo día
en que el suelo feraz de Andalucía
á contemplar volvió por vez primera,

se sintió tan feliz, que de alegría
el joven trovador se comería
una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero, á falta de pan, el pobrecito,
merodeando también como en Castilla,
comía, cual si fuesen pan bendito,
en Córdoba cogollos de palmito,
é higos chumbos bajando hacia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
—¡Sevilla, patria mía!—
Pero, apenas había
en el recinto de Sevilla entrado,
cuando Ginés, exánime y gozoso,
se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
ese artista ambicioso
que pretendía amar y ser amado,
tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI

Llevado al hospital, y satisfecho
cual Nerón moribundo,
pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
—¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!—
Y en la cama *ciento once* abandonado,
puesto á dieta, aunque hambriento,
se murió dulcemente y resignado,
lo mismo que un pichón sin alimento;
y después de una autopsia inoportuna
que se le hizo á Ginés el sevillano,
declaró el cirujano
que se murió sin novedad alguna.
Y al difunto *ciento once*, al otro día,
sin inquirir el nombre que tendría,
las entrañas abiertas le juntaron,
y envuelto en los andrajos que traía,
por quitarle de en medio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre la existencia á la subida!
y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
Después, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII

—Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva.—
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?—

El Dios eterno, hija mía, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno;
y vive convencida
de que si ha puesto su paciencia á prueba,
tendrá la recompensa merecida,
y que al pobre Ginés en la otra vida
le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu aflicción y ten presente
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
que no suele hacer Dios lo que consiente,
y que es común, desventuradamente,
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
más que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

LOS AMORÍOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

*A mi consecuente amigo el Ilustrado literato
Sr. Conde de Santiago*

CANTO PRIMERO

DE REY A CORONEL

I

Con un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que Susana,
era un don Juan Tenorio,
en la región de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y aunque grandes y abiertos con exceso,
son bellos como el sol, á pesar de eso,
sus ojos con caídas hacia arriba.

II

Vivía con honor de su trabajo,
y obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,
estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento,
donde, exceptuando el son de aquel acento
que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruido
que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones,
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estará loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?